



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13425

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero: Seis meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 20 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Cartagena Higiénica, Benéfica Y EDUCATIVA

Al par que nosotros ha de publicar la revista madrileña «Higiénica», el siguiente artículo, que refleja las impresiones recibidas en su reciente visita a esta ciudad, su autor, el notable higienista Dr. Larra y Cortezo, una de las más legítimas glorias de la ciencia médica española:

No siempre ha de correr el hombre por riles de acero, mares inconstantes, saltando vericuetos ó pretendiendo elevarse por los aires para recrear la vida, amortiguar penas ó poner a ese hondo y oscuro vicio que se llama amor propio.

Una vez el espíritu se esparce y se olvidan las fatigas del mundo, quedando el alma en sereno y placido éxtasis lo que pierde el cuerpo en el choque repetido con el medio transportador.

Una rápida ojeada a la ciudad que entre el castillo de San Julián y las baterías de Fajardo parece desafiar las mareas con bocas que en vez de lenguas fijas las tienen de acero cromado, para enviarlas a larguísimas distancias, inspira la anterior reflexión, y a trancas y barrancas, como mi desahogada pluma y mis no firmes aptitudes de narrador me permiten, procuraré sintetizar lo visto en pocas días, pero que ha dejado en mi ánimo impresión a reflexionar durante muchas semanas.

Al Médico de profesión, al sociólogo de afición sin vuelos y al amante de contemplar cómo los demás practican el bien, les será permitido sin duda decir en pocas palabras lo que bien contemplado daría ocasión a millares de ellas.

Comenzaré consagrando un recuerdo a lo observado en el orden higiénico dentro del fuero de Guerra, que tiene también en Cartagena algo digno

de ser conocido y apreciado en su justo valor.

La Comandancia de Artillería, tanto en su cuartel, donde se aloja 500 hombres—como en las baterías, dentro de las exigencias de una plaza fuerte—y el departamento ocupado por el regimiento Infantería de Sevilla, presentan las condiciones habituales en nuestros alojamientos militares, demostrándose en ellos el celo de los Jefes y Oficiales de los mismos, especialmente de sus Médicos, dentro de los elementos que el Estado suele proporcionarles.

Pero donde hay algo excepcional en pro de la salud del soldado es en el cuartel del regimiento Infantería de España, núm. 46, cuyo Coronel, señor Vitoria Rebullida, puede mostrarse orgulloso del estado en que aparecen sus locales, y sobre todo de la instalación de aseo y duchas, que indudablemente no tienen igual en España, ni en muchos de los cuarteles que en Francia, Inglaterra, Austria, Italia y Suiza he visitado.

En uno de los patios del cuartel se ha construido un edificio *ad hoc*, dotado de agua en enorme cantidad, —donde en recipientes de piedra puede lavarse el soldado cara y manos, y en canales, revestidos del mismo producto, llenos de agua circulante, se limpia también pies y piernas.

El centro de la amplísima nave tiene suspendidas gran número de duchas con tubería independiente y elevación bastante para que produzcan el debido efecto tónico. Con decir que al mismo tiempo pueden atender al aseo de su cara y manos 100 hombres, de sus pies 160, y tomar la ducha simultáneamente 250, queda hecha la mejor apología de esta instalación de limpieza que en el cuartel de España constituye una verdadera institución.

La amabilidad del Jefe del Cuerpo, que me honró acompañándome

y retrasando el horario para que pudiera contemplar cómo el regimiento entero acudía, como todos los días (sin más limitaciones que las derivadas de los preceptos facultativos), con entusiasmo a un acto de limpieza é higiénica individual, colectivamente realizado, merece mi gratitud sincera.

El lavadero para la ropa blanca de la fuerza en revista está admirablemente dispuesto, siendo digno de ser consignado que esta parte de la policía del soldado, evitando que su indumentaria se ponga en contacto con la de la clase civil en otros sitios, está perfectamente atendida en todos los cuarteles de la guarnición de la plaza de Cartagena, cuyo ilustre gobernador militar, mi respetable y querido amigo el general de división D. José García Aldave, puede estar satisfecho del modo como se trabaja en ese sentido por los distinguidos jefes de Cuerpo a sus órdenes.

Mi opinión personal en asuntos de higiene vale seguramente poco; pero mis visitas frecuentes a elementos militares análogos en muchos países me permiten elogiar en este caso lo visto con verdadera é íntima satisfacción.

Mucho, digno de ser conocido, podría escribirse sobre las instituciones sanitarias, educativas y de beneficencia de la primera plaza fuerte española, donde sus habitantes tienen un culto admirable por la caridad.

El Ayuntamiento dió hace algunos años muestra de su amor a la higiene creando una plaza, bien dotada para lo que en España se acostumbra, de Inspector de los servicios sanitarios municipales, encomendándole a persona de tanto relieve social como el Doctor Cándido, antiguo Alcalde y presidente de la Comisión permanente de la Diputación provincial. Dicho compañero y amigo, no sólo ha montado un completo servicio de desinfección, con una estufa de Genest-Hercher gran modelo, sino que utiliza, además del formaldehído, la bomba de irrigación antiséptica inventada por él y el Sr. Robles, que fué premiada con medalla de plata en la Exposición Internacional de Higiene celebrada en Madrid en 1898.

El «Boletín» demográfico mensual

y anual puede ponerse como un modelo en su género, y los servicios de vacunación están perfectamente reglamentados.

No sólo es digno de recuerdo el Hospital de Caridad, sostenido exclusivamente con los donativos de los cartageneros, sino la Casa de Misericordia, que por su organización, amplitud, riqueza, confort y elementos de todo género, puede colocarse entre las primeras de España. El Dr. Cándido, su Director, acaba de instalar en ella un perfecto quirófano, donde podrán acudir, no sólo los operables de la Casa, sino los que lleven allí en un caso dado los médicos de la población. «Nada de exclusivismos»; esta es la divisa de aquella Santa Casa, donde reciben instrucción, a más de 400 asilados, 700 externos de la población general. La enfermería es un verdadero hospital de niños, que puede presentarse como modelo, dentro de hallarse instalado en un edificio en bloque.

La visita a las escuelas de la Misericordia deja una impresión imposible de olvidar. Al frente de aquellas, en la sección de párvulos, figura una santa mujer, que entre sus muchas devociones tiene una hermosa, de finalidad social y patriótica incalculable: la *devoción por la enseñanza*. Con verdadero fervor, como poseída por el amor al bien de la instrucción del prójimo, muestra el rico material escolar, demuestra poseer aquella en alto grado, y es acreedora a la respetuosa admiración de los amantes del progreso de la Patria, que de ese modo se eleva, se sublima.

Qué sencilla y conmovedora expresión da a sus palabras Sor Orofila, que éste es su nombre, cuando después de enseñar láminas de instrucción zoológica, maderas de todas clases, que los niños de tres y cuatro años conocen, sabiendo sus aplicaciones; tejidos diversos, cuadros sintéticos, gráficos de la historia de España, saca un juguete de cuerda, un pajarillo de resorte, y exclama: «¡Pobrecitos niños, qué buenos, qué hermosos son! Cuando juegan, charlan ó enredan no los reprendo, jamás les toco con mi mano; doy cuerda al juguete, y en seguida se callan, se quedan quietos.» ¡Cuánta psicología de educación infantil hay en esas frases!

Jamás podré tener cargos públicos, ni por merecimientos, ni por aficiones pero si un amigo tan querido como Amalio Jimeno, actual Ministro de Instrucción pública, que por cierto es hijo de Cartagena, me dejara, un par de segundos el derecho a firmar en su nombre, los destinaría a conceder la cruz de Alfonso XII a Sor Orofila, y me quedaría acaso más satisfecho de haber cumplido con mi deber que dando grandes cruces de la Orden a prohombres más ó menos ilustres y eternos aspirantes de las mil banalidades de la ambición humana.

En aquella Casa de Misericordia se hace instrucción física a la moderna, gimnasia sueca perfecta y sana. Gran rato pasé al ver unas cuantas docenas de niños ejecutando, con uniformidad y entusiasmo, los movimientos que la fisiología de los ejercicios del cuerpo aconseja para fortalecer los músculos, dar agilidad a las articulaciones y favorecer el desarrollo de la arquitectura ó sea de los futuros adolescentes. Han comprado las hermanas hasta un piano para que el acompasado movimiento resulte más armónico y grato.

El saludo militar severo, que hace recordar que el niño será soldado de la Patria, también ha sido enseñado a los acogidos de la Casa de Misericordia de Cartagena para iniciar los ejercicios físicos, y cuando se les ve en tan hermoso momento, alguna lágrima indiscreta salta a los ojos, al mirarlos, dejando tiempo antes de caer para volver la pupila, con un sentimiento de respetuosa admiración, hacia las que así educan a los hijos de España desheredados de la fortuna y acaso del amor de sus padres, pero en el vivificador ambiente de la más pura caridad.

Cartagena puede enorgullecerse de su Casa de Misericordia, mas también de sus Escuelas graduadas, de reciente creación, espléndidamente dotadas, donde profesores entusiastas é inteligentísimos dan la educación integral dirigidos por un hombre de verdadero mérito, cuyo nombre no recuerdo en este instante, pero que, como sus compañeros los maestros públicos de Cartagena, merece bien de la patria.

Y ya ves, lector querido, cómo si vas alguna vez a aquella ciudad, don-

se a ella: — ¡pe o qué pálida está! ¡se siente mal de la cabeza! ¡no! Si usted hubiese tomado un baño... la mejora eso tanto...

—No, no; estoy buena; pero es que te esperaba para hablarte a solas; y como se trata de algo muy grave, temo que todo ello pueda producirte una mala impresión.

Maria fijó en mi madre una mirada brillante, y palideciendo la respondió:

—¿Qué será? ¿qué es?

—Siéntate aquí, —le dijo mi madre señalándole un taburete que tenía a los pies.

Sentóse, y esforzándose inútilmente para sonreír, su rostro asumió una expresión de gravedad encantadora.

—Diga usted ya, —dijo como tratando de dominar la emoción, pasándose estrambas manos por la frente, y asegurando en seguida con ellas el peine de Carey dorado que sostenía sus cabellos en un grueso y luciente cordón que ceñía la sien.

—Voy a hablarle de la manera misma que hablaría a Emma en igual circunstancia.

—Si, señora; ya oigo.

—Tu papá me ha encargado te diga que el señor de... ha pedido tu mano para su hijo Carlos.

—¡Yo! —exclamé asombrada y haciendo un movimien-

to involuntario para ponerse en pie; pero volviendo a caer en su asiento, se cubrió el rostro con las manos, y oí que sollozaba.

—¿Qué debo decirle, María?

—¿El le ha mandado a usted que me lo diga? —le preguntó con voz ahogada.

—Si, hija; y ha cumplido con su deber haciéndotelo saber.

—Pero usted ¿por qué me lo dice?

—Y ¿qué querías que yo hiciera?

—¡Ah! decirle que yo no... que yo no puedo... que no. Después de un instante, alando a ver a mi madre, que sin poderlo evitar, lloraba con ella, la dijo:

—Todos lo saben, ¿no es verdad? todos han querido que usted me lo diga.

—Si, todos lo saben, menos Emma.

—Solamente ella... ¡Dios mío! ¡Dios mío! —añadió ocultando la cabeza en los brazos que apoyaba sobre las rodillas de mi madre; y permaneció así unos momentos.

—He hecho mal en llorar así, ¿no es cierto? Yo creí... Levantando luego pálido el rostro y rodo por una lluvia de lágrimas:

—Buena, —dijo, —ya usted cumplió: todo lo sé ya.

—Pero María, —la interrumpió dulcemente mi madre,

—Le exigí que no te dijese nunca que sabíamos y consentíamos lo que entre vosotros pasa.

Las mejillas de María se tiñeron, al oír esto, del más suave encarnado; así salpicadas de lágrimas, eran idénticas, a aquellas rosas frescas humedecidas de rocío, que ella recogía para mí por las mañanas. Sus ojos estaban clavados en el suelo.

—¿Por qué le exigía eso? —dijo al fin con voz que apenas alcanzaba a oír yo. —¿Acaso tengo yo la culpa?... ¿hago mal, pues?...

—No, hija; pero tu papá creyó que tu enfermedad necesitaba precauciones...

—¿Precauciones?... ¿no estoy yo buena ya? ¿no creen que no volveré a sufrir nada? ¿Cómo puede Estela ser causa de mi mal?

—Sería imposible... queriéndote tanto, y quisiera más que tú a él.

Maria volvió la cabeza de un lado a otro, como respondiéndose algo a sí misma, y sacudiéndola en seguida con la ligereza con que solía hacerlo de niña, para alejar un recuerdo melancólico.

—¿Qué debo hacer? —preguntó. —Yo hago ya todo cuanto quiero.